

COMEDIA FAMOSA.

EL ALCAYDE DE SI MISMO.

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Hablan en ella las Personas siguientes.

Federico.
Roberto.
Benito, Villano.

Un Capitan.
Enrique.
El Rey.

Elena.
Margarita.
Antonia, Villana.

Seraphina.
Leonelo.
Villanos.

JORNADA PRIMERA.

*Dicen dentro Federico, y Roberto, y salen
luego como de Españoles, y Federico
armado con botas y espuelas.*

*Dentr. Rob. Precipitado vuelo
por despeña: JESUS!*

Fed. Valgame el Cielo!

Salen.

Rob. Etá, señor, herido:

*Fed. Muerto fuera mejor; mas tal ha sido
siempre el rigor del hado,
que vive a su pesar un desdichado.*

*Rob. Guarde el Cielo tu vida,
de cobardes contrarios defendida,
que al fin, viviendo un hombre,
no ay horror, no ay espanto, q̃ le alobre.*

*Fed. Antes en penastales,
el morir es el ultimo en los males.
Pluguera á Dios, Roberto, (to,
pluguera á Dios, q̃ allí me huvieran muere
entre alobros, y espantos,
las fieras armas de enemigos tantos!
Y no suerte, y alivo,
ò vequeroso, mas si huviera vivo
dexado por mal espada
muerto á Don Pedro Esforcia en la estacada,
no huviera yo llegado
de duro azero, de diamante armado*

*(como ves) á este monte,
termino al parecer de este Horizonte.
O ya que allí llegasse,
pluguera á Dios, que en él me despeñasse,
quando veloz tropleza
el caballo en su propia ligereza;
pues fuera el daño menos,
que veros oy de confusiones llenos,
y de tantos contrarios perseguidos.
Adviertan tus sentidos,
que pierdo á Margarita lo primero,
á Margarita bella,
que fué del Cielo flor, del campo Estrella,
luego que nos hallamos
en un monte, y que en él los dos estamos,
el caballo perdido,
tu cansado, yo armado, y sin vestido.
Y quando á alguna Aldea
quicramos ir, ninguno avrá que vea
á ple, y armado un hombre,
que no se ria de él, ò no se alobre:
y siendo conocido
por las señas tan grandes, mas seguido
de quien me busca quedo,
doonde la muerte alleguarme puedo,
quando preso me tenga*

el Rey, pues súbitamente en mí se venga
de su Sobrino muerto,
y de la grande enemistad, Roberto,
con mi padre, que ha sido
la causa de entrar yo desconocido
en su Reino, en sus fiestas;
no fiestas, ya tragedias si funestas;
pues con penas tan graves,
sucedió lo que callo yo, y tu sabes.
Rob. Todo lo confidero,
y peor fuera morir, que ballar espere
remedio á mal tan fuerte.
Fed. Remedio? De qué modo?
Rob. De esta suerte:
tu no eres conocido
en Nápoles, que nunca en él no ha habido
quien nuestro rostro vea.
Pues este monte mudo guarda sea
de las armas gravadas,
en él con verdes ramas sepultadas
queden que yo no dudo
el poderse escapar, yendo desnudo
á la primera Aldea,
diciendo, que la gente que saltea
en este monte: ha sido,
quien te llevó la bacitada, y el vestido:
así al fin se consigue
el no ballarte la gente que te sigue,
y en hallar tu consuelo,
moviendo á compasión la tierra, y Cielos.
Yo (haviéndote dexado
donde quisieres tu) disfrazado,
me volveré á la Corte,
donde sabré lo que á tu amor importe,
las joyas tendré en ella,
para irte socorriendo. **Fed.** Si mi Estrella
no me hubiera dexado
cal amigo, que triste, y desdichado,
hubiera yo nacido:
la oposición de mi desdicha ha sido.
Siguiendo tu consejo,
las duras armas en el monte dexo:
desnudo iré, moviendo
á compasión las piedras, porque entiendo,
que xarme tristemente
con tal disfraz de lo que el alma siente,
como aquel que ha llegado
á tener un dolor disimulado,
que quando no le dexa,
fingiendo otro dolor, de aquel se queja.
Rob. Pues á la aquella parte,
(que es mas secreta) puedes retirarte,
gas ya del Sol la sombra

dá el primero perfil á aquella cumbrea
Fed. Tu si á la Corte fueres,
y en ella acaso á Margarita vieres,
dile que soy amante
tan descontento, tan oculto, é inconstante,
tan loco, y tan altivo,
que no la puedo ver, y quedo vivo.
*Vanse, y salen Elena, Enrique, y Leonelo,
como de camino.*

Elen. En tanto que estos caballos,
veloces hijos del viento
pagan en crystal, y nieve
las esmeraldas del suelo,
podrás hasta Mirafior
adelantarte, Leonelo,
y decir quan desdichada,
y desesperada vengo
á ser rustica Aldeana
de tus montes; quiera el Cielo,
que por ser soberbios tanto
halle mas piedad en ellos.

Enr. La soledad de este monte,
la causa de tus extremos,
y el no haver visto las fiestas
(que vuestras desdichas fueros
en la lealtad de un criado,
dón, señora, atrevimiento
á pedir que me replas
tu dolor, y sentimiento,
porque el mal comunicado
dice un Sabio que fue meno

Elen. Publicóse por Italia,
con el comun sentimiento,
digno de tan tristes nuevas,
(preludios á este suceso)
que la hermosa Margarita
muestrada este gusto diéron;
todos su dicha alababan,
y mas que todos Don Pedro
Esforca mi hermano: pues
como su amante, y su deudo
(que suele hacer el Amor
un segundo parentesco)
fixó en Europa carteles,
llamando á publico duelo
para una Justa Real,
lustreando, y defendiendo
en ella, que Margarita
era el mas digno sugeto
de amor, y la mas perfecta
Dama en belleza, en ingenio,
(perdonen tantas) que havia
en el Mundo, atrevimiento

de hombre enamorado, pues
quien llega á estarlo, sospecho,
que ni mas que aquello estima,
ni piensa que ay mas que aquello.
A la fama de las Justas
de toda Europa acudieron
los Principes mas gallardos,
mas bizarros Caballeros:
en tanto que se cumplia
de los carteles el tiempo,
todo era mascarar, motes,
festejas, taras, y juegos.
Una noche (que era día,
pues no se echaba el Sol menor)
dando principio á un festin
estaban los instrumentos,
quando por la sala entró
un bizarro Caballero,
que arrebató á su mismo punto
de todos los movimientos.
El dió principio al festin,
teniendo siempre encubierto
el rostro con el embozo,
haciendo el primer paffico.
Sacó á Margarita, y ella
con un cortés cumplimento
saló: mi hermano (no sé
si yo me biciera lo mismo)
saló entonces procurando
quedar con ella en el puesto:
y el Caballero embozado,
poniendo cuidado en serlo,
con la mano en la cuchilla,
dixo atrevido, y resuelto:
Ninguno mejor que yo
merece el lugar que tengo.
Don Pedro iba á responder,
quando entraron de por medio
el Rey, y Grandes, y salió
de la sala el Caballero
tan en sí, que no le vió
nadie el rostro, ni supieron
hasta oy quien era: tal fué
su recato, y su secreto.
Llegó de la Justa el día,
y afrentando, y desmoliendo
nuestra plaza la memoria
de Romanos Coliseos;
se vió cubierta de geores
tan diversas, que se vieron
en ella las confusiones,
que tuvo Babil un tiempo.
De una tienda de brocado,

que estaba al lado derecho,
armado salió mi hermano,
tan alroso, y bien dispuesto,
en un caballo, que un alma
informaba á entrambos cuerpos.
Con amorosas empresas
gallardos Aventureros
entraron, que por no ser
prolija mas, no las cuento;
y porque llegando á entrar
el Caballero encubierto,
se olvidan, y quedan todas
sepultadas en silencio.
Corrieronse muchas lanzas,
en cuyos varios sucesos
tomo en la suerte, y fortuna
se ganan, y pierden premios:
Llegó á cortar el galan
embozado con Don Pedro
mi hermano, que hasta aquel punto
le havia dicho bien el tiempo.
Pasieronse frente á frente
los caballos, tan atentos
á las voces de un clarín,
que con estár algo leños,
parece que á cada uno
el animado instrumento
estaba hablando al oído.
Tal era el lustro en ellos,
pues parece que el enojo
heredaban de sus dueños.
Partieron, pues, tan veloces,
que ya trocados los puestos,
muchos no determinaron
si pararon, ó partieron,
haviendo enmeñito las lanzas,
hechas arcos del viento,
dividido en tantas partes,
que muchas de ellas subieron
tan altas, que por entonces
ninguna cayó en el suelo,
ni después, porque tardaron
en caer, ó no cayeron.
Toman la segunda lanza,
para su segundo escuetro,
mucho espacio, si son veras,
mucha prieta, si son juegos.
Vuelven á partir, y aquí
un caballo desmoliendo
la valla de un lado rompe.
Ni has visto en el Mir soberbio,
quand nevadas montañas,
tizando su frente el cielo,

un Navio en un alcázar,
y en sus pedazos resuelto,
la que fué campaña antes,
sirviese de monumento!
No has visto en un terremoto
temblar la tierra, y el Cielo,
caducar los edificios,
y en tanto horror, tanto estruendo,
precipitarse los montes,
desgajados de sí mismos,
y encontrándose al caer,
darse batalla violenta,
hasta rendirse á su furia,
que no pudieran á menos?
Pues tales eran los dos,
porque en la carrera á un tiempo,
haciendo las naciones
de agua, tierra, fuego, y viento,
eran dos naves de bronce,
eran dos naves de hierro,
eran dos rayos de plata,
eran dos aves de azero,
dos Aguilas de metal,
y dos Placetas de fuego.
Cayó en la tierra el hermano,
bañando en humor sangriento
la arena, que parecía,
que tan inocente suceso
llovió con sangre la tierra,
quando dividida veo
la plaza en vándos, vengando
unos, y otros defendiendo
la muerte, y el homicida,
el qual animoso, y diestro
saló de la plaza, donde
se esconde ignoro, ó sospecho,
que Marte le arrebató.
A colocarle en su asiento,
ó por guardarle de mí,
abrió sus bocas el centro.
Yo aun tiempo, pues, combatida
de dos contrarios afectos,
quise, viendo la impiedad,
(si ya la verdad confieso)
dexar la Corte, y consular
vengo á Belflor, donde vengo
(que ay desdichas que se buyen)
de mis desdichas huyendo,
donde mi esperanza muera,
donde viva mi tormento,
donde mi llanto me anegue,
donde se abogue mi aliento.
Pues entre amor, y rigor,

entre esperanza, y deses;
llego, huyo, quiero, olvido,
amo, adoro, vivo, y muero.
Enr. Notable suceso ha sido,
y mas pensar que se esconde,
sin saber como, ni donde,
y que no sea conocido!

Salen Leonelo.

Leon. Los Villanos de Belflor,
sabiendo que vuestra Alteza
viene con tanta tristeza,
para mostrar el amor,
y voluntad que la tienen,
todos á darla su vida,
el pesame, y bien venida,
y á besar sus plantas vícenos.

*Salen Benito, y Antonia de villanos,
y Labradores.*

Ant. Benito, advierte, que aora
tu por ser el mas erguido,
mas calletrudo, y sabido,
tienes de dar á la señora
el pesame. Benit. Yo, por qué
he de dar á la Condesa
pesame, sino me pesa
el pesete la daré.

Labr. Di, que es Venus, y Diana,
y que en su gran presumpcion
murió, como otro Phaeton,
su hermano. Benit. De buena gana.

Labr. 2. Di, que fué quien le mató
un Néron soberbio, y malo,
un cruel Sardanápalo.

Benit. Todo esto la diré yo.

Anton. Que ella nos viva mas años,
que vivió Marufalen.

Benit. Todo aquello está muy bien.

Anton. Para consolar sus daños,
que el Concejo no la embia
colacion, fiesta, y grandeza,
porque quien tiene tristeza,
se causa del alegría.

Benit. Muestra Conda soberana,
tan erguida, limpia, y bella,
que son fregonas con ella.
Doña Venus, y Doña Ana.
Si en tiempo de fiestas bellas
á Belflor haveis venido,
bien hecho ha sido, si ha sido
por no buscar donde vellais.
A todos nos ha pesado,
y a questo no os está bien,
que un pesame, ó paraben,

fien-

siempre es estylo cansado.
Tengale Dios en buen pose,
que él murió en su presumpcion,
como el otro sanfarron,
de arrogante, y animoso.
Y pues á aqueste le igualo,
el que le dió muerte fiera,
era un Eneida, y aun era
una Cardina de palo.
Pero vivais vos, amen,
para gozar de estos daños,
con gusto, y salud; mas años,
que vivió Mithreo de Allen.
Que el Concejo no la embia
colacion, fiesta, y grandeza,
porque quien tiene tristeza,
no diz que tiene alegría.

Salé Federico desnudo, y herido.

Fed. Generosos Labradores,
y vos hermosa señora,
que entre barbaros sayales
sois, entre espinas la rosa,
muevaos á piedad el ver
un desdichado, que arroja,
embuelta en sangre, y suspiros,
pedazos del alma propia.
Un Mercader rico era,
y tanto, que en una joya
esfró el thesoro del Mundo.
Vino á las fiestas famosas
de Nápoles, procurando
en concurso de personas
tan illustres, emplear
mi caudal, y hacienda toda.
Hicelo así, á Dios pluguiera
fuera mi dicha tan corta,
que no hiciera empleo tan grande,
porque perdiendole aora,
es mayor el sentimiento,
que la fortuna invidiosa
no se fuera, si llevara
trás las dichas la memoria,
mas es fortuna loca,
Diosa sin sé, y amiga de lisonjas.
Pensé volver á mi patria
rico de hacienda, y de honra
(basta que dixiese rico)
porque en los tiempos de aora,
la riqueza es el honor,
sin atencion de personas,
porque y el pobre se vende,
como ya el rico se compra:
pero fueron mis desgalos.

la hermetura de la rosa,
que el purpureo rosicler
juzga perpetua corona
del campo, sin atender
á que en un punto se enojan
tiempo, y fortuna soberbios,
brama el Austro, el Cierzo sopla:
siendo cadaver del campo,
entre sus perdidas pompas.
Tal yo rico de esperanzas,
que son las tempranas hojas,
en mi patria me juzgá,
sin advertir á que corta
el Cielo intentos del hombre.
Qué importa (ay de mí!) qué importa,
que él proponga, y determine,
si ay Estrellas que dispongan,
y executen, porque ellas,
quanto el hombre escribe borran,
que es nuestra vida sombra
de aquella luz, que influye poderosa.
Tendo, pues, por este monte,
saló una pequeña tropa
de Vándolos, que en él
la hacienda, y la vida roban;
quise ponerme en defensa;
pero qual hombre se arroja,
anteponiendo los bienes
á la vida, si ella sola
merece ser preferida
sobre las humanas cosas?
El vestido me quitaron,
dexandome como aora
estoy; y viendome así,
haires dias que estas rocas
habito, que me sustento
de yerba rustica, y tosca.
Pero la necesidad
hace que rompa, y que corra
los velos á la verguenza.
Y pues mis plantas dichas
á esta parte me guiaron,
en mi consuelo conozcan,
que sigue el gusto, á la pena;
á la desdicha, la gloria;
á la fatiga el descanso;
la luz, á las negras sombras;
á mi llanto, la piedad
de tus manos generosas:
que mortales congoxas
vivan á la mudanza atentas todas.
Elen. Bien pensé que no tenia
mi pecho infeliz lugar,

donde

donde cupiese el pesar
de tu desdicha, y la mía;
pero aquí me ha consolado
tu pena, y tu desconsuelo,
que á un desdichado es consuelo
hallar otro desdichado.
Alentate, toma brío,
aún ánimo, y esperanza,
que todo está á la mudanza
sujeto: este Estado es mío,
en él te puedes quedar,
reparando tu fortuna,
donde tu suerte importuna
puedes felice burlar.
También al monte ha venido
á llorar desdichas yo;
consuelo tu pena halló,
que oy un hermano he perdido,
cuya nobleza, y valor
publica á voces la fama,
que el infelice le llama,
muerto á manos de un traidor.
Y por no alabarle yo,
sabe que es quien lloro aquí
Don Pedro Esforcia.

Fed. Ay de mí!

Elen. Y el traidor que le mató
no se ha sabido quien era;
Demonio debió de ser,
pues se pudo defender,
y esconderse de manera,
que no se sabe por donde,
ni de qué suerte escapó.

Fed. A buen puerto vino yo.

Elen. Sin duda el centro le esconde.

Fed. Al revés ha sucedido
oy este efecto en los das,
pues mirar á un triste vos,
de consuelo os ha servido,
y á mí de pena, que aquí
un dolor al otro excede,
que pena vuestra no puede
ser de gusto para mí.
La merced que me ofrecéis
de vivir con vos, acepto:
aquí viviré secreto,
sirviendoos, que bien sabéis,
que un hombre que rico ha sido,
dobla en su tierra el dolor,
pues vive pobre mejor,
adonde no es conocido.
Benit. Pues es buena corteja,
d. zar con cordura peca

atravesada en la boca
la media embaxada mía.
Elen. Qué prudente, y advertido
su sentimiento mostró
qué bien que disimuló
el llanto mal reñido.
Este hombre me ha obligado
con su estylo. Ben. Guardaos Dios.

Anton. Benito no habra con vos.

Benit. Otras veces avrá hablado.

Elen. Como os llamais? Fed. Española.

Ben. Benito. Elen. Y loislo? Ben. Yo.

Fed. Si. En Barcelona nací.

Elen. Todos sois hijos del Sol.

Qué buena tal! Ben. A su servicio
está el tallo, y la persona
su merced es quien le abona.

Ant. Qué no es á vos; pierdo el juicio!

Elen. Eo fío, queréis el partido?

Fed. Si; pues á un puerto he llegado,
que no fuera desdichado,
quando no lo huviera sido.

Elen. Su modo dice, que es
hombre bien nacido. Ben. Si;
asseguro que nací,

si bien me acuerdo, de ptes.

Elen. Palabra os doy, que si tengo
en la vengianza que sigo,
buena fin, y de este enemigo
no conocido me vengo:
porque fiero, y vengativo
siempre ha sido la muger;
que tengo, Español, de hacer,
que os olvidéis, así viva,
de la pérdida de oy.

Fed. No pierda yo vuestra gracia.

que de toda mi desgracia,
señora, olvidado estoi.
Qué confusiones me ofrece,
fortuna, tu mano ingrata!
vida me dá quien me mata,
me acoge quien me aborrece!
Pues quedarme sollicito
adonde mi muerte veo,
que está mas seguro el ser
dónde comete el delito.

Vase, y salen Seraphina Dama, Margarita, y el Rey viejo.

Marg. D. xame morit. Rey. Advientec.

Marg. Qué puedo advertir, señor,
si es de qualquiera dolor
ultima llora la muger?

Rey. Tan grave pena, tan fuerte

pasión,

pasión, y mal resistida,
oy vendrá á dexar vencida
tu vida. Marg. Al Cielo plugulesse
tan dulce mi pena fuesse,
que acabasse con mi vida.

Rey. Todos la muerte lloramos:
de Esforcia todos sentimos,
todos al Cielo pedimos
la venganza que esperamos.
Pero no todos estamos
rendidos á un sentimiento,
Margarita, tan violento,

que exceda al sentir sus modora.

Marg. Siento sola mas que todos,
porque mas que todos siento.

Rey. Ya tu venganza publico;
muerte le daré al traidor,
si le alcanzo. Marg. Qué rigor!
ay mi bien! y Federico!

Rey. Qué respuestas! Marg. Significo
conmigo así los recelos
de tus penas, tus desvelos.
Busca al traidor, harás bien;
muerte tus manos le den:
no lo permitas los Cielos.

Salen el Capitan, y Roberto.

Cap. Señor, como has publicado
por traidor al que encubriere:
el homicida, ó supiere
de él; nos ha manifestado
un hombre á este criado,
que por suyo conoció.

Rey. De él sabré mi intento yo.

Rob. Yo con mi lealtad concluyo,
que sei criado; mas cuyo,
ello no lo diré yo.

Rey. Quien crees Rob. Un forastero,
que á Nápoles ha llegado.

Rey. De suerte, que eres criado
de aquel homicida fiero,
Author de mis penas Rob. Yo
no le conozco. Rey. Pues no
son de él estas joyas? Rob. Si.

Cap. Luego ya se mira en ti
aquesta verdad bien clara,
pues locura grande fuera,
que á hombre que no conociera,
tan ricas joyas fiera.

Rey. Pues la piedad no ha podido
moverte, pueda el tormento:
entre las joyas está
un papel, y de él quizá
conoceré el fin que intento.

Marg. Ay de mí! mi muerte veo!

Rob. Carta es. Marg. Mi agravio escucho!

Lee el Rey. Porque V. M. g. no esté con el
cuidado que le puede dar mi ausencia,
escribo con Roberto, avisando de mi sa-
lud, y la causa que me ha traído á Napo-
les, que es ver la fiesta que sustenta Da-
Pedro Esforcia, cuyo valor me ha obli-
gado á asistirle á ellas: acabar, vol-
veré á los pies de V. Mag. cuya vida el
Cielo aumente. El Principe Federico.

Es posible que esto veo,

y mi pena no publico!
el Principe Federico
fué el homicida que veo!
Margarita, tus desvelos
á todos nos han rendido,
Capitan, búscadle luego,
destruyendo á sangre, y fuego
el Lugar mas escondido.

Marg. Ay, Roberto, tu lealtad
muerte á todos nos ha dado!
Dime, por qué te has quedado
por mi daño en la Ciudad?
Por qué esta carta guardaste,
dónde su nombre firmó
el Principe? Por qué no
la rompiste, ó la quemaste?

Rob. Y pude yo prevenir
lo que nos ha sucedido:
aquí me quedé escondido,
y un huésped pudo destr
(mal aya quien intentó
los huéspedes) que yo fui
el que al Principe serví,
porque en su cata sirví.
Esta carta le escribia
al Rey su padre, y después
no la embió, que esta es
su desdicha; tuya, y mía.

Marg. Y las que yo he de llorar.

Salen el Capitan.

Cap. El Rey manda, que estéis preso,
porque de aqueste suceso
no podáis aviso dar.

Marg. Y es bien que esté preso el fiero,
que á un enemigo sirvió:

A parte á Roberto.

libertad te daré yo.

Rob. Esta de tu mano espero.

Seraph. Tus razones he escuchado,
tus razones he advertido,
y de no hayerte entendido.

existe, y confusa he quedado:
algun secreto ay aquí.

Marg. Y quiero á tu p-cho fiel
hacer Secretario de él.
Seraph. Atentate elcuchó. **Marg.** Allí,
para tragedias de amores,
nos dá lugar el jardín,
entre azahar, y el jazmín,
y entre las rosas, y flores.
Y si contarte pretendo
una enigma semejante,
no entenderme no te espante,
que yo tampoco me entiendo.
Vanse, y salen Antonia, y Benito
cantando.

Anton. Subiera Morales
en su caballo,
la espuela de melcocha,
y el freno de elparto:
luneta, atola allá de la sonsoneta.
Benit. En la calle Nueva
está enamorado,
por mirar arriba
cayera en un chateo:
luneta, atola allá de la sonsoneta.

Anton. Sogas, y maromas
tiran á sacarlo,
facanle una afadura,
que havia merendado:
luneta, atola allá de la sonsoneta.
Benit. Dexa un poco esta luneta,
que lo has cantado tan bien,
que no chilla una sartén,
un órgano, una carreta,
con mas fuerza, y recio chorro,
que tu.

Anton. El alabarme es yerro,
porque no entono un becerro,
no podenco, y un cachorro,
mas que tu, ni aun un marrano,
quando le matan, gruñó
con mas gracia, ni habro yo
en la carreta, y órgano.
Mas ya que esto es acabado,
y que es forzoso el hablar
de otra cosa, hasta llegar
á la Quinta, me ha pasado
por el calleje, que habrémos
en quanto será aquel día.
Benito de llalma mia,
que los dos matrimonioemos,
En pensallo me hace asillas
el pracer de oíro despecho,

y me viene tan estrecho,
que el hato me hace coquillara.
Benit. Para olvidar tus regales,
confidera, que pasó
esse día, y que llegó
el que yo te mato á palos,
muy mohino, y enfadado,
que en fin, forzoso ha de ser,
que me canse una muger,
que ha de estar siempre á mi lado:
porque á qué hombre no pesa
vér (si en su muger separa)
siempre en la cama una cara,
siempre una cara en la mesa:
Si tiende una mano, toca
siempre una cara: si huele,
es á la cara que suele,
si vé, es con ventana poca,
una cara: y si esta pena
qualquiera cara nos dá,
dime, Antona, qué será
si la tal cara no es buena:
Pero casados los dos,
no nos vendrá á ser así.
Anton. Vos darme palos á mí:
malos años para vos:
no en mis días á la hē.
Benit. Ya desenojados quieros
fino es el día primero,
en mi vida te daré.

Anton. Por qué el primero:
Benit. Azoró
la Justicia elerto día
un hombre, y él que temla
la pena, al Verdugo dió
tal cantidad de dinero,
porque ablandasse la mano,
la solsa de santo llano.
Tomólos, pues, y el primero
azore fué tan cruel,
que la sangre rebentó.
Y quando el otro volvió
la cara de probar biel,
le dixo, con tales modos
vuestra duda satisfago,
ved el amistad que os hago,
que así havian de ser todos.
Así tu conocerás,
pegandote el primer día,
la amistad, y corteia,
que te hago en los demás.
Mas como ha de darte enojos,
quien tan de veras te amó,

que

que antes me quebrara yo
las mechachas de mis ojos,
porque ellas pueden quebrarse,
y mi amor, Antona, no.
nton. No podrás mudarte: **Benit.** No.
nt. Ni olvidarme: **Ben.** Ni olvidarte
puede mi amor.
nton. Y podrá: **Benit.** Qué:
nton. Llegarme á aborrecer.
nt. Si, que en siendo mi mozer,
Antona, fuerza será.
nt. Por qué: **Ben.** Por que será mia.
nton. Si por la cara ha de ser,
muger sol, y sabré hacer
una cara cada día. *vasse.*

enit. Si fabrás, que alguna vi
que lirio se levantó,
blanca azucena vió,
y se recogió alheli.
Mas que alumbra allí: No sé:
llegar mas cerca de los:
oro, ó prata es lo que veo:
notable y escura fue
haber por aquí llegado.
Un thesoro he descubierto,
que alguno en este desierto
debió de dexar guardado.
Tirar quiero: mas qué miro:

Saca las armas.

un vestido de oro es,
que llaman armas, ó arnes:
Poco de vellus me admiro,
que ya otras veces las vi
en mi Aldea, que no:
tan baho, que bien sé yo
que esto ha de ponerse así.

Poneselo al revés todos.

La prata, y oro sospecho,
que de la tierra ha nacido:
pero que naze: no es vestido
de la tierra hecho, y derecho,
es cosa notable, y rara:
Si así qualquiera naciera,
porque en el Mundo no huviera
Sastre ninguno, me holgara.
Qué será verme vestido
con él, y entrar en la Aldea,
ninguno avrá que me vea,
que no se quede atordido.
Pues Antona, qué dirá:
que ó con segura extraña
San Jorge mata la araña,
O, lo que verme será

vestido como yo quíero:
deide este (que el nombre ignoro)
este papabigo de oro

A la celada.

á las pelotas de cuero.
No faltará quien me ayude
á ponerlo, si me vó
á la los Pastores yo,
que en ellos no avrá quien dude
de componer hatos tales,
y andaré como Longinos,
de día por los caminos,
de noche por los jarales.

*Vase con las armas, y salen el Capitán,
y Soldados.*

Cap. En este monte que ha sido
con intrucada maleza,
labiryntho natural,
que tantas calles enreda,
es sin duda doode aquel
prodigio humano se encierra,
que por esta parte vino,
segun nos dicen las señas.
O, si ya pluguiera al Cielo,
que á nosotros nos debiera
el Rey vér en su poder
al que convirtió en tragedia
el gusto, en luto las galas,
y en llanto, y dolor las fiestas

Sold. Si por esta parte entró,
será imposible que pueda
esconderse, porque el monte
de todas partes le cercan
gentes armadas. **Cap.** Y las fuyas
son tan conocidas, que ellas
dirán del dueño. 2. Señor,
al pie de estas altas sierras
muerto está un caballo. **Cap.** Y es
el mismo que en la carrera
rayo fué, que no es posible
engañarnos tantas señas:
y si el caballo rendido
está á su misma violencia,
poco lexos está el dueño.

1. Y no puede ser que sea
haver mudado caballos
en el monte: **Cap.** Mal pudierá
tener tanta prevencion,
quien dudaba de la empresa.
En fin, él está en el monte,
la dicha sin duda es nuestra.
Todo se visite, y todos
con oído, y vista atenta,

B

la

la examinó rama á rama,
no quede la mas secreta
parte, que el Sol ignoró,
guardada á su diligencia.
No avrá servido que estimo
tanto el Rey, como que vea
en su poder este monstruo,
que tanto dolor le cuesta.

1. Era el infeliz Don Pedro
su sobriño. **Cap.** Y tambien era
el mas noble, el mas cortés,
de mas ingenio, y nobleza,
de mas valor en efecto,
el Príncipe de mas preadas;
de modo, que hizo comua
el sentimiento, y si llega
á prenderle, sea quien fuere,
le cortará la cabeza,
por lo que la noche hizo
del farao en su presencia,
y por haver dilatado
hasta las Justas aquella
enemistad, donde hizo
duelo, y campo la palestra.

Salte Benito armado ridículamente.

Benit. Qué brava figura veo!
¿quien avrá que así me vea,
que no se muera de risa?
Unos hombres que esta sierra
pasaron, por divertirse
me han armado, y de manera,
que no puedo menarme:
qué será verme en la Aldea
de esta fuerte? qué hará Antona
quando por otro me tenga?

2. Si no me engaña la vista,
por entre estas pardas penas
sale un Caballero armado.

Cap. R. Y. Son del mismo las señas
mal pudiera desmentirle
el arnés. **1.** De qué manera
se pudieramos prender,
que si se pone en defensa,
no será el Mundo bastante?

Cap. El que está rendido es fuerza
al peso del duro azero,
á la fatiga, y violencia
del cañascio, y del camino,
pues muerto el caballo dexa.
Llegad los dos por detrás,
que yo la pistola puesta
á los pechos la teodrè,
para que no se desienda.

1. Li ga passo.

2. Con temor

vol, porque como nos sienta,
dos mil son pecos, tal es
su valor, animo, y fuerza.

1. Con silencio. **Benit.** Estaba yo
haciendome aora cuenta
de quanto durará un sayo
de esto. **1.** Ya le tengo, llega

Afente por detrás.

Cap. Dare á prisión, ó la vida
en tu misma sangre embuelta,
saldrá al rayo de mi mano.

Benit. Ay, señores, que me llevan!
pues qué culpa tuve yo
en ponerme. **Cap.** No pretendas
defenderte, que has de ir
muerto, ó vivo á la presencia
del Rey. **2.** Tente.

1. Un monte nuevo.

Benit. Ay, señores, que me llevan!

JORNADA SEGUNDA.

Salen Margarita, y Seraphina.

Marg. Aquí, Seraphina hermosa,
que solo escucharme pueden
estas plantas, y estas flores,
de mi amor testigos fieles.
Pues otras veces han visto,
pues han sido otras veces
estas lagrimas eladas,
y estos suspiros ardientes.
Quando á solas consultaba
mis penas, ó mis placeres;
que se descansan contando,
amores, aunque se cuentan
á plantas, que no responden,
á paxaros, que no entienden,
á penas, que no aman,
á criaturas, que no sienten.
Sabrás, pues, que ya he rompido
un secreto, que me debe
tantos dias de silencio,
poco ballado en las mugeres.
Que un dia, que la violencia
de aquel pasado accidente
dió treguas á mi dolor,
plagutelle á Dios, y las dióse.
Un Mayordomo me dixo:
Si es que vuestra Alteza quiere
divertirse, podré ver
las joyas mas excelentes,

que la codicia imagina,
el arte pule, y guardece
el deleo, que son tales,
que al arte, y coicicia vencen.
Aquí un Platero Extrangero
las trae, porque así pretende,
entre Principes tan grandes,
emplear tan grandes bienes.
La curiosidad entonces
me dió causa que las viese,
y di licencia al Platero,
para que á mi vista llegue.
No llegara mas al alma,
pues desde entonces padece
un mal, que no se conoce,
y un dolor que no se siente.
Pensáste de pensar,
que un Artífice pudiese
labrar me el alma; pues
Seraphina no te pele,
que debo de este nombre
estar disfrazado puede
un Príncipe Federico,
que arte tan noble comprende
debo de su noblez,
los Principes, y los Reyes.
Enfóñome algunas joyas,
y entre ellas una, que excede
la imaginacion, y co ella,
guardando curiosamente,
un retrato, si era mío,
dígallo el alma, que al verle
dubo el cuerpo en que asílla,
diciendo entre si, no es este
el original, pues como
pella es un cuerpo me tienen,
á quien solo informa un alma
de matier, y placeres.
Y quiso pasarse á él,
no dudo yo que lo hiciese,
pues que si no alma yo,
que allá el Platero le tiene.
Preguátele, y á qué efecto
en joya tan excelente
puso mi retrato? y él
turbado el rostro, y sin verme,
me respondió. Federico
me mandó, que así lo hiciese:
para su pecho, porque
la fama que vuela siempre,
le dixo de tu hermosura
la perfeccion, si es que pudes
aplausos tan dilatado

medirle en centros tan breve,
Mandó me hacer el retrato;
pero al llevarle, y al verle,
así dixo: Angel humano,
¿quien los hados crueles
apartan de mí, por qué
aliados los Cielos quieros,
que el gozo de los padres,
en nosotros dos se herede.
No quiero yo profanar
tu decoro, al atrevirme
á amar tu sembra, y así
no es bien que en mi pecho quedes,
porque agravia á todo el Sol,
que á estos rayos se atreve.
Mas no se á bien tampoco,
ay de mí! que llegue á verse
en otro poder la imagen,
que adoraré eternamente.
A sus manos ha de ir,
si á llevarse te atreves,
porque una Estrella del Sol,
desafida; porque un breve
arroyuelo, hijo del Mar;
porque una centella ardiente,
de su rayo despedida,
si alumbra, camlúa, y hiere,
se restituyen al Sol,
al Mar, al rayo, que vuelve
todo á su centro. Palabra
di, señora, de atreverme
á dexarte en tu mano.
Aora dame la muerte,
dixó, y sacandola joya
otra vez, sin que me espere
respuesta alguna, volvió
la espalla: no de otra suerte
quede, que entre dos amantes
suspenso el azero suele.
Abrí la joya otra vez,
dónde (ó Amor lo que puedes!)
vi amorosas tropelias,
pues trozadas subtilmente;
otro me dió donde estaba
un retrato vivo siempre
del Príncipe Federico,
y conoci claramente
serlo el Platero: quede
en una ocasión tan fuerte
en mayores confusiones.
Pero para qué pretande,
turbada mi vez, decirte
pensamientos que se mueven,

discursos que se imaginan;
glorias que se desvanecen:
Yo amé, díganlo estas flores
otra vez, pues ellas pueden
decir las noches, que oyeron
sus quejas en estas redes.
Bien la empresa de la Justa
dió á entender que estima, y fiente

las lisonjas de la noche;
lo que en ellas le sucede
ya lo sabes, menor mal,
si mi padre no le prendes:
pues aunque le pierda yo,
no será dolor tan fuerte,
como el que pierda la vida:
Porque es cosa que se vengue
de las guerras que ha tenido
con su padre; y si ella pierde,
ay de la mía! porque
vivo en pensar que la tiene,
allento en pensar que vive,
y muero en pensar que muere.

Seraph. Mi amor, señora, de quien
tantra confianza tienes,
te estima favor tan grande:
mucho ha sido que padieles
guardar un secreto tanto.

Marg. No ay muger, que quando quiere,
no sepa tener secreto.

Seraph. El Rey, mi señora, viene.

Marg. Con una lodastila quisiera
que aora por libre diese
á Roberto, que está preso.

Salen el Rey, y un criado.

Rey. Margarita, como sientes
tu mal? no dá la tristeza
lugar para que te alegres?

Marg. A Seraphina decia
aora como no puede
tan grande dolor dexarme,
que ha de atormentarme siempre.

Rey. Muy justa eleccion bistie
en tan hermosa, y prudente
secretaria. *Marg.* Ella dirá
si estoy triste. *Ser.* Y justamente.

Rey. Pues bate dicho la causa?

Seraph. No; pero los accidentes
de ella: y á mi parecer
muy facil remedio tiene.

Rey. Como?

Seraph. Hallandose á quien dió
á Don Pedro Esforcia muerte.

Rey. Pues alegrate, que yo

tengo esperanza de verle
en mi poder. *Marg.* Una lodastila,
que es muy facil, se me ofrece:
manda soltar al criado,
que está preso, pues no tiene
culpa en servir á su dueño;
y despues, señor, ponerle
espias, que él ha de ir
donde el Principe estuviere,
y así lo descubrirán.

Rey. Qué ingenio tan excelente!
vayan por aquel criado.

Marg. Pues vayan luego por él.

Sale el Capitan.

Cap. Déme vuestra Magestad los pleya

Rey. Qué ay de nuevo? *Cap.* Que sucede
á medida del deseo

tu pretension. *Rey.* De qué suerte?

Cap. Con la gente de tu guarda
salien busca de un alevé,
informado de que havia
llegado á un monte, y hallóle
en él, medio desarmado,
porque rendido de verse
sin caballo, que se havia
despenado tristemente;
estaba al pie de una peña
sotilonos, y tan valiente
volvió sobre sí, que fué
mucho que no nos hiciese
pedazos á todos juntos:
tan diestro es, activo, y fuerte.
Pero á mi valor rendido
dá las armas, y no quiere
decir quien es: solo dice,
que un villano: y aun pretende
hacerse loco tambien,
porque algunas veces suele
decir locura. *Rey.* No importa
que escondas el nombre, y que intente
hacerse loco, si ya
sé que es el traidor alevé
el Principe Federico.

Marg. Ay de mí! venga mi muerte: apó

ay de mí! acabe mi vida,
que no pueden, que no pueden
disfrazar tantas ansias!

Rompas la prisión, rebienten
por la boca y por los ojos
de mis entrañas ardientes,
súspiros que el alma encienden,
lagrymas que el Mundo aneguen.

Ay de mí, Cielos!

Rey.

Rey. Qué es esto;

qué sientes, hija, qué tienes?

Marg. Tengo un fuego que me yela,
tengo un yelo que me enciende,
un dolor que me atormenta,
una pasión que me vence.

Ay de mí, acabe mi vida!

Ay de mí, venga mi muerte!

Rey. Seraphina, pues contigo
ha descansado, qué sientes
de una tan nueva pasión?

Seraph. Aunque quebrante las leyes
de un secreto, mas importa
que su vida se remedie.

El Principe Federico

de Sicilia, que aora prende,

es causa de esta tristeza;

y para decirlo en breve,

no es la causa sino amor,

porque en secreto se quieren:

Esta es verdad, y temiendo

de tus ojos, se mueren;

rompió su dolor el pecho.

Rey. Qué escuchó! ya de otra suerte

procederé, porque al fin

consejo me dá el prudente:

moderemos el rigor.

Salg Roberto.

Roberto. Dexa que tus plantas bese,

quien sirviendo á su señor,

si te enoja, no te ofende.

Dáme la muerte.

Rey. Antes quiero,

que libre. Roberto, quedas,

que tu lealtad, galardón,

y no castigo merece.

Vete libre, que ya el Cielo

mas pladoso favorece

mi deseo: ya le hallaron

á tu señor, y ya viene

preso. *Rob.* Qué es esto que escuchó!

si buyo quien le conociese

en la Aldea que que? ó?

Salen el Capitan, Soldados, y Benito

armado.

Cap. Ya, señor, está presente

el Principe Federico

de Sicilia.

Benito. Encanto es este!

yo Principe! si lo Enrique

de Cecilia, que pretenden

con este ensayo?

Rey. Dudosa

en un punto me acometen
los deseos de vengarme,
y las razones de verme
pladoso: qué puedo hacer?
aqui la pasión me tuerce,
y allí me lleva el amor.
Si á vuestra Alteza parece,
que viendolo en mi poder,
he de vengar imprudente
las ofensas de su padre,
y suyas: poco le debe
mi pecho, pues no conoce
el valor con que procede,
si bien queda preso. *Benito.* Yo
pues que delito es ponerme
este vestido, si allí,
como un hongo, ó geta verde,
allí me la hallé!

Rey. No tiene
vuestra Alteza que encubriese
con los disfraces de hacerse
villano rustico, ó loco,
que el Sol nace, y resplandee,
aunque nublados se opongan
á sus rayos transparentes.
No de'confie de mí
oy vuestra Alteza, consuele
estos lances de fortuna
mudable, y dudosa siempre.

Benito. Qué mudable, y qué dadasas
tomen sus armas, y déme
mis batos, si es que esto busco,
que no loí, aunque lo plesen,
el Principe Simborico de Sencillas.

Robert. Engaño es este,

que aora en mi lengua está

dárle credito, y hacerle

mayor, y aun estorvo así,

que vuelvan con nueva gente

á basarle: Vuestra Alteza

me dé los pleya, que no puede

mi amor, aunque esté delante

el Rey, sufrir que les alegue

á mis labios esta dicha

de besarlos. *Benito.* Quien os mete

con mis pleya á vos, no quiero

que nadie mis pleya me bese.

Robert. Ya no puede vuestra Alteza

disfrazarle de esta suerte.

Seraph. Señor, ya estáis conocido.

Cap. Ya, señor, saben que eres

el Principe de Sicilia.

Benito. Todos! *Rob.* Si.

Benito.

Benit. Pues todos mientan,
que no conozco á Cecilia
entre todas las mugeres,
que conozco si á una
Cecilia tan solamiente
del Rabadan de mi Aldea:
esta es la verdad.

Roberto. Que aun pretendes
disimularte conmigo,
siendo un criado que excede
á Acates en la lealtad?

Benit. Aunque en azicates queates
quanto mandares, no sé;
hombre, ó Demonio, quien eres?

Rob. Señor, mi amo Federico,
mas que de discreto, tiene
de valiente, ha dado en esto,
y avrá de estarle en sus trece.

Rob. A la torre de Bulfor
le llevad, y allí le entregue
á Elena; pero advirtiéndole,
que esté en la prisión de fuerte,
que sea digno hospedaje
de un Príncipe tan valiente:
ya como yerno le trato.
Benit. No es este
millagro, ni novedad,
porque á ser lo mismo viene
un enemigo, que un yerno.

Rob. Y con él Roberto que le
á servirle, que en efecto
se holgará de hablarle, y verla.
Dirás á Elena también,
que allí le tenga, y que espere
de mis misas generosas
mil favores, y mercedes.
Quiero componer las paces
por Margarita: ó mugeres,
qué de intentos descomponen
vuestras necios pareceres!

Cap. Ven, señor, donde descanses.

Benit. Vámonos, otro loco es este;
á descansar, y comer.

Rob. Aquí vuestra Alteza tiene
á Roberto.

Benit. Y si Roberto
del Diablo: si es sueño este?
mas todos nos dan en esto,
y sin duda alguna debe
de ser verdad; pues que todos
lo dicen, es evidente,
ó todos están borrachos,
ó yo solo; mas qué puede

estarme mejor á mí,
que ser en un tiempo breve
Fralle rico de Corina,
y venga lo que quiere.

Vanse y salen tres Villanos, y Antonio.

Anton. No ay consuelo para mí,
dexame llorar Belardo.

1. No ay consuelo?

Anton. No le aguardo.

1. Pues has de morirte?

Anton. El me dijo, Antona mía,
quando vuelvas me hallarás
firme á tu amor mucho mas,
que esta cocina, que sería
el estar después allí?

2. Para mí bien juzgo yo,

que una fiera le comió.

Anton. Y debió de ser así,
aquesto es razon que veas:
fiera le comió cruel,
es sin duda, porque él
mal amigo era de fea.
Es las entrañas está
de alguna fin testimonios,
porque no harán mil Demonios
lo que una fea no hará.

Vanse y salen Elena y Federico.

Feder. Can qué he de poder pagar
tantas honras, y favores?

Elen. Tu las mereces mayores.

Feder. Aun no merezco besar
la tierra, que pisas; yo
quien soy, señora, ó quien fui,
para tal favor? Si aquí
mi ventura me guió;
no fué mi suerte importuna,
pues con mas razón diré,
que por mas fortuna fué
desdichada mi fortuna.
Dichoso yo que nací
con tan venturoso estado,
que fuera mas desdichado,
quando no lo huviera sido.

Elen. Ya condei mis extremos,
quien habla sin que repare,
pues antes que se declare,
corazon disimulemos.
Quien os oyere, Español,
hablar tan agradecido,
pensará que haveis teñido
á vuestras plantas el Sol.
Alcalde os hicé, y no son
favores en tanto aumento,

Que

que vuestro agradecimiento
merezca por galardón.

Fed. No os entiendo de qué suerte

he de proceder hablando,

y estoy temiendo, y dudando

entre mi vida, y mi muerte.

Muchas veces que pretendo

agradecer con recato,

soleis culparme de ingrato:

vive Dios, que so os entiendo.

Oy que obligado de vos,

agradecido me veis,

tambien de esto os ofendéis;

no os entiendo, vive Dios.

O es que como malos tratos

de falsa, y fingida fe

han hecho, Elena, que esté

poblado el Mundo de ingratos,

echarlá en mí, que he sido

agradecido, que ya

cómo no se olía, dá

enfado un agradecido.

Yo no lo seré, si aquí

obligo mas, sin saber

estimar, y agradecer.

Elen. Pues tampoco os quiero asir.

Fed. Pues qué he de ser?

Elen. Mas prudente.

Y quiero de aquí adelante,

que mis penas, ó mi gustos

escuchéis con un semblante.

Ni agradecido os pretendo,

ni olvidado entre los dos.

Fed. No os entiendo, vive Dios.

Elen. Ni yo, vive Dios, me entiendo.

Salen el Capitan.

Cap. Dame, señora, los pies.

Elen. Qué es aquesta, Capitan?

Cap. Que ya tus conatos van

en los aumentos que ves.

Ya se sabe quien ha sido

el homicida, que allí

mató á Don Pedro.

Fed. Ay de mí!

si me huviesen conocido?

Elen. Quien es que ya multiplica

con las nuevas el dolor,

este barbaro traidor?

Cap. El Príncipe Federico

de Sicilia.

Fed. Ya qué haré?

conociéranme sin duda.

Cap. Siempre la verdad ayuda.

Fed. Si me iré: si me pondré
en defensa?

Cap. A quien nombra

por Alcalde de este Fuerte?

tu Alteza?

Fed. Echada es la suerte.

Cap. O quien es su guarda?

Fed. Yo,

yo (al este que buscáis,

porque en mi vida escubri

mi nombre, y ya que me haveis

conocido, qué mandáis?

Cap. Hablaros á parte quiero,

Fed. Desde allí podéis hablar,

porque tengo de apelar

de mi valor á mi azero.

Cap. Para quien, ó contra quien?

Fed. Vor, Capitan, no decís,

que aquí buscando venis

al Alcalde, y que tambien

el Príncipe Federico

está conocido ya?

pues aquí presente está

lo que buscáis.

Cap. No replico, así:

porque no os entiendo,

en vano os alborotáis.

Fed. Si vos, señor, me buscáis,

Cap. Yo solamiente pretendo

entregaros en prisión.

Fed. Antes perderé la vida.

No vi tan inadvertida,

y notable confusión.

Cap. Oídme, y después sabréis

mi intento. **Fed.** Ya no replico.

Cap. El Príncipe Federico

viene preso, y vos haveis

de guardarle en este Fuerte,

yo en el monte le prendí.

Fed. Esto está bien, como os vi

llegar, señor, de esta fuerte

tan turbado, y preguntando

por mí, prisión propia fué:

sin ocasión me alteré.

Elen. Qué es lo que está escuchando?

Federico preso? **Cap.** Si

á vos el Rey os le embia,

para que desde este día

preso le tengais aquí.

En una carroza viene,

sin que ninguno le vea

el rostro, porque no sea

causa, tanto valor tiene;

de algun alboroto ciego
del vulgo, viéndole allí.
Alcaide, venlos tras mí,
donde veréis que os le entrego,
y donde con juramento
os obligais á tenerle.

Fed. Aquí puedo hacelle,
escuchad un poco atento.
Yo juro solemnemente,
doi palabra, y certifico,
que guardaré á Federico,
fiel, y cuidadosamente.
Que tendré desde este día,
en que tal cargo me han dado,
con su persona, el cuidado,
que tuviera con la mía.
Pues estando por mi cuenta
Federico, claro está,
que á mí la vida me vá,
tanto, que decir intenta
mi lengua, que una fortuna
hemos de correr los dos.

Cap. Este juramento acepto:
venid, porque esto ha de ser
antes que le pueda ver
nadie, que importa el secreto.
Vos, señora, si queréis,
vedle, porque en tal presencia
ya le sirva de sentencia
solo que vos le mireis.

Elen. Si como el pecho está lleno
de iras, rigores, y enojos,
fuego arrojarán mis ojos,
y mis razones veneno.
Yo le viera, yo le hablara,
porque con venganza fiera
muerte mi vista le diera,
y mi vista le matara.
No quiero verle, Español,
de quien justamente fio
la venganza, y honor mío
de los atomos del Sol.
Guarda este monstruo, que á tí
solamente le fiara.

Fed. Si eo mi lealtad se repara,
le guardaré como á mí.

Cap. Venid.

Fed. Qué notable abismo
de agradar, y de ofender!
Vive Dios, que voy á ser
el Alcaide de mí mismo.

Vase y salen Margarita, y Seraphina.

Marg. Qué delcuiada estarás,

Elena, de esta visita.

Elen. O, mi prima Margarita,
honor, y vida me dá!

Donde de esta suerte vás á

Marg. En solo verte consiste
mi jornada. **Elen.** A ello veniste!

Marg. Dicen, que el fúto que vés,
seiva de los tristes es,
y embílanme acá por triste.
Y á divertir he venido
una gran melancholla,
que solo á tí, prima mía,
contra. **Elen.** Dichosa he sido:
es de amor?

Marg. Amor ha sido.

Elen. Y ya no es amor?

Marg. No sé

lo que es, ni lo que fué;
en mi llanto lo verás.

Elen. Declárate un poco mas,
que yo también te diré
de un amor todo al revés,
prima, y señora del tuyo:
porque si de aquesto arguyo,
que ha sido, y que ya no es,
podré contarte después
una inclinacion, que vá
á ser amor, y no está
declarado, ni advertido;
y si el tuyo no es colado,
mi amor no ha sido, y seia.
Sientate sobre estas flores,
que á tus pies texen alfombras,
donde pueden verdes sombras
templar del Sol los rigores,
estas cila propia de amores.

Marg. No tan de espelo he venido,
que sentarme aya querido.

Yo he de empezar por aquí:
una fineza por mí has de hacer.

Elen. Tuya mi vida ha nacido.

Marg. La vida me vá en que vea
este Príncipe, que preso
han traido. **Elen.** Para esso
es menester que yo sea
tercera: No avrá quien crea,
que licencia ayas pedido,
siendo quien eres. **Marg.** Ha sido
por un caso, que sab á:
después. **Elen.** No me digas mas,
que si en esto ha consistido
tu gusto, luego diré,
que esté del Fuerte la puerta,

sin ver para quien, abierta.

Marg. Y yo en este monte haré
la desecha, en el saldré
á caza, hasta que anochezca,
porque á todos les parezca,
que á esto vine: prima mía,
no es mucho, que mi alegría,
sér, vida, y alma te ofrezca.
Tuya soy, y de mi llanto
alivio sacaste ya. *Vase.*

Elen. Valgame Dios! qué será
lo que me agradece tanto:
de esto lo sabré.

Salen Federico.

Fed. Señora,

ya en la torre queda preso
el Príncipe. **Elen.** Oye un suceso,
y lo que has de hacer ahora.

Fed. El alma tu sombra adora,
y obedecer determino.

Elen. Aquí, Margarita, vino,
con excusa de cazar
en el monte, por hablar
con el Príncipe, imagínate
que es amor, y por saber
de este caso la verdad:
qué necia curiosidad
sol en efecto muger.

Tu, Español, te has de poner
dónde los oigas; y advierte,
que de aquella misma suerte,
que hablaren, lo has de decir.

Fed. Pues pudiera yo fingir,
yendo solo á obedecerte?

Elen. Váme la vida, y honor
en ver si amor la disculpa,
de tan declarada culpa,
como querer á un traidor. *Vase.*

Fed. Qué es lo que pasa por mí:

qué enigmas, Cielos, son estas?
qué engaños, y confusiones,
labirintos, y quimeras?
Y aun esto no es imposible,
pero quien avrá que crea,
que ay una muger constante,
y tanto, como la bella
Margarita: maldicientes,
cuyas venenosas lenguas
de mudables las acusa,
venid á ver la firmeza
de un amor, y porque el Mundo
mayor desengaño tenga
de que ay fineza en mugeres,

tengo de ver donde llega
de un amor, que es verdadero,
las peligrosas finezas.
Ella piensa que yo soy
el preso, y como lo piensa,
ha de hallarme en la prisión,
así verá lo que intenta.
Esta experiencia he de hacer,
y será la vez primera,
que la muger, y la espada
califique la experiencia.

Salen Roberto.

Esta es la torre, Roberto.

Rob. Señor, posible es que pueda
verte, y hablarte! **Fed.** Fortuna,
así los estados trueca.

Qué hacías? **Rob.** Entreteñido
estaba con esta bestia,
borrico de nuestra andanza,
pues él nos la lleva acuestas.
Es el mayor animal,
que he visto; dice, que sueña
quanto ve. **Fed.** Poco se engaña.

Rob. Ya se ha creído de veras,
que es el Príncipe.

Fed. Qué importa,

Roberto, que no lo sea,
para estar soberbio ya?

La magestad, y grandeza
no está en ser vuestro señor,
fino en que por tal le tenga.

Rob. Ha dado en mandarme mucho,
y es justo que le obedezca,
en estando acompañado:
pero si solo se queda,
éi ha de servirme á mí.

Otro tanto. **Fed.** Ahora dexa
estas locuras. **Rob.** Por Dios,
que á solas ha de haver fiesta.

Fed. Qué haces ahora?

Rob. Estár roncando

como una gorda: tu pensar,
que como la cama vió
tan adornada, y compuesta,
la tuvo mieda, ó propuesta,
se echó á dormir en tierra.

Fed. Pues por qué no le dixiste,
que para acostarse era
la cama? **Rob.** Mejor lo hice.

Fed. Como?

Rob. Acostéme yo en ella.

Fed. Escucha, Roberto, ahora,
que ay muchas cosas que sepa.

Y pues durmiendo, me di
la ocasión, que amor desea
Margarita ha de venir
á verme á la Fortaleza;
porque como no me ha visto,
que yo soy el preso plebeo,
y quiero que por ahora,
silo imagina, la crea,
hasta ver en lo que para
descubrirme: no llamaron?

Sientase Federico en una silla, y sale

Margarita.

Rob. Si. Fed. Pues vé, y abre la puerta.

Rob. A quien, señora, buscas?

Marg. Llévame algo de Elena
para llegar hasta aquí.

Rob. Es verdad, por estas señas
me mandó el Alcaide á mí,
que yo franquease las puertas.

Marg. Roberto?

Rob. Señora mía:

pues como aquí vuestra Alteza
está llegar? *Marg. A esto obliga*
una pasión, loca, y ciega.
Y tu señor? *Rob. Allí está*
sentado, y de la manera
que le ves, ha estado siempre,
con la mas grave tristeza,
que vi en mi vida; yo temo,
que melancólico muera,
si tan hermosa visita
como es, razón no le alega.

Marg. Federico?

Rob. Quien me llama:

con tan dulce voz, que eleva
mis sentidos? Mas qué miro?
la imaginación loca
llongear la memoria.
Sin duda que ya le acerca:
mi fin, y ya se publica
de mi muerte la sentencia;
pues en el viento confusas
figuras se representan,
cuerpos en la phantasia,
y phantasmas en la idea:
que no puede ser que aquí
los rayos del Sol te avengan,
para que de mi prisión
iluminen las tinieblas.
Pero sea lo que fuere,
como yo estas luces vea,
como estos rayos me alumbren,
y este Cielo me dilata,

ni mas vida, ni mas gloria
la imaginación desea:
si lo de mi muerte, y sombras,
vegan, pues, por ellos vengan.

Marg. Federico, no es fingida
esta forma que te alienta,
que aun mi sombra, siendo mía,
ni engañara, ni fingiera.
Margarita soy, detente,
que no quiero que agradezcas
esto, porque las mugeres
de mi decoro, y mis prendas,
no quieren para olvidar;
antes de amarte pudiera
mirar los inconvenientes;
pero yo te amé, y ayes fuerzas,
que no vuelva atrás, ni olvide,
fines que si mueres, muera.

Y así que se despenó,
tu caballo, y que te dexa,
no le dió mi amor las alas,
que él volara, y no corriera.
En un monte sé, que allí
al pie de unas altas peñas
te hallaron, sé que estás preso:
con esto no ay mas que sepas,
si bien ay que sepas tu:
mi padre vengarle intenta,
á peligro está tu vida,
mal dixe, erróse mi lengua:
la mía es la que está en peligro.
Sabe que á la puerta espera
un caballo, es el arzon
tiene dos pistolas puestas,
en una bolsa unas joyas.
Sal, pues, de esta Fortaleza,
que yo me quedo á sufrir
tantos enojos resueltos,
y sabré guardar tu vida,
y así no avrá mas que separar.

Fed. Mal biclera yo en negarte
las verdades que se encierran
en mi pecho, bayendo visto
las tuyas tan descubiertas.
Yo no estoy preso, señora,
libre estoy, y por que sepas
la Novela mas notable,
que en Castellanas Comedias
sutil el ingenio traza,
y gustoso representa:
sabe que está engañada.
Verdad es, me despenó
el caballo, mas dexó

las armas, para que pueda
librarme: llegué desnudo.

á Mirafior, una Aldea,
donde Elena mi enemiga
me libra, guarda, y alvenga.

Sabe que na Villano luego,
(que esto, aunque yo no lo sepa
de cierto, pues no lo vi,
la misma razón lo enseña)
se puso las armas mías,
y engañados, por las señas,
le llevaron preso, y luego
á mi mismo me lo entregan,
porque Elena me hizo Alcaide
á mí de esta Fortaleza.

Esto es verdad; y si yo estoy
libre ahora, donde pueda
verte cada día, y hablarte,
para que queres que sea
cap-cobardo, que me ausente,
por que otros peligros tema,
quando un peligro mayor
de un amante es el ausencia?

Marg. Temo que no ha de durar
este engaño, y será fuerza
vengarle mi padre en ti.

Rob. Remedio ay.

Marg. De qué manera?

Rob. Tu has de declarar tu amor
á una persona que contendas
que ha de decirse al Rey:
y si el reportado templa
el enojo por tu causa,
y quiere hacer con veniencia
la enemistad con castigo,
pues con todo esto ceda,
podrá descubrirse enojo.
Y si enojado se altera,
y quiere vengarlo todo,
con un villano se venga,
y él se quedará encubierto,
sin peligro; de manera,
que de este trato resulta
ya con paz, ó ya con guerra,
en tu cabeza el provecho,
y el peligro en el ageno.

Marg. Bien has dicho.

Rob. De esta fuerte

concertado en los dos quedas
tu has de amar á Federico
publicamente, y dár muestras
de tu amor, *Marg. Yo te agradezco,*
que me ayas dado licencia,

porque reventaba ya
sufriendo tantas ofensas,
callando tantos agravios,
y ocultando tantas penas;
en publico será el preso
quien mis favores merezca.
Pero siempre Federico,
que si otro nombre tuviera,
no le amara, ó no acertara
á fingirlo. *Fed. Y será cierta*
la voluntad? *Marg. A él fingidas*
Fed. Y para mí? Marg. Verdadera.
Fed. Qué serás firme? Marg. Daré
delegación mi firmeza.

Fed. Teodora! Marg. Será inmortal.

Fed. Pues la mía será eterna.

A quien estimas? *Marg. Estimo*

á Federico. *Fed. Qué intentas,*

fingiendo otro amor? *Marg. Tu vida.*

Fed. Y mi muerte, si esto fuera
de veras. *Marg. Por qué?*

Fed. Los celos

me mataran, ó la ausencia

Marg. Vol á amar.

Fed. Y yo me quedo

á guardarme.

Marg. A Dios te queda.

Fed. El Cielo tu vida aumente,

Marg. Y yo la tuya defienda.

Fed. Nadie como yo te estima.

Marg. Nadie como yo te aprecia.

JORNADA TERCERA.

Salen Federico, y Elena.

Elen. Qué le digo? Fed. Que ella era
Margarita, que inclinada
á la opinion celebrada,
y á la fama li'onj-ra
de su esfuerzo, y valentia,
por una amorosa ley,
contra el enojo del Rey,
dárle libertad quería.
Que un caballo le esperaba
á la puerta de la torre,
donde el pensamiento corre,
pues mas que corre volaba,
que buyesse veloz en él.
Y él entonces respondió,
en la prisión bice yo
pleito omenage, y fiel
se he de guardar, que he nacido
mas obligado á mi honor,

correspondiendo el furor,
liberal, y agradecido.

Elen. Todo lo escuchaste *Fed.* Digo,
que á todo presente fui,
y que tan claro lo oí,
como si hablara conmigo.
Si ella otra cosa contiene,

V. Excelencia no lo crea.

Elen. Ella viene, no te vea.

Fed. El Cielo tu industria ampara.
*Vase Federico, y salen Margarita,
y Seraphina.*

Marg. El Rey mi padre ha venido,
Seraphina, á Mirafior
por vos; si al fiero rigor
de mi pena he suspendido,
tu has de hacer con gran secreto
lo que te llevo á advertir:
á mi padre has de decir
de mi amor todo el efecto;
esto importa. *Seraph.* Si á ti
te importa, yo lo diré:
pero advierte, que callé
hasta este punto que vi,
que te sirvo en el efecto
el decirselo. *Marg.* Pues no?

Seraph. Buena por cierta soy yo
para decir un secreto;
si mil vidas me quitaras,
lo callara, y encubriera,
y ahora no lo diré,
si tu no me lo mandaras.
Díselo porque me dió
licencia tu voz, señora:
bueno fuera, que hasta ahora
hubiera callado yo.

Elen. Tan sola, prima, me vís.

Marg. O bellísima Elena!
aquí mi antigua pena
á solas divertas,

que suele ser en su cuidado
ser Amor un Philosopho cansado,
que busca soledades.

Elen. Quando solas nos vimos
centarnos prometimos
nuestras dos voluntades.

Marg. Yo empecaré primero,
porque seré mas breve.

Elen. Ateanta espero.

Marg. El verle tan alto,
de honor, y gloria rico,
al preso Federico,
engendrará un amoroso

deseo en mi cuidado,
de vér si como he visto era traslado.
Entré á verle en efecto,
diciendo cautelosa,
ser del Alcayde esposa,
y halléle tan discreto,
tan cuerdo, y entendido,
que ya mi muerte el escucharle ha sido.
Elen. Tu sola le has hablado
tan cuerdo, y entendido,
discreto, y advertido,
porque á mi me han contado
acciones de su mano,
solo dignas de un rustico villano.

Marg. Pues es engaño, prima,
Federico es valiente,
guiso, cuerdo, y prudente,
tal la fama le estima,
y yo lo certifico
si es que hablamos del proprio Federico.

Elen. Arguirte no quiero,
que en tu voluntad errada
yo tambien fui culpada.
Si de ti confidiero,
que amas á un ignorante,
y yo de un hombre humilde sol amante,
este Alcayde que has visto.

Marg. Cielos, qué es lo escuché?
Elen. Con mi veoganza fucho.

Marg. Mal mi dolor resisto
Qué temas?

Elen. Tu desprecio:
mas nada culpada, quien cree á un necio.
Ella, pues, que desuado
ha sido, y desdichado,
á mis pies ha llegado,
robarme el alma pudo.

Marg. Calla, Elena, no digas
tales bebezas; calla, no profigas.

Elen. Oye, que no he tenido
tan fácil pensamiento,
que á mi cuidado atento
aya, aunque Alcayde ha sido,
en la prisión entrado:
amor tuve, mas no le he declarado,
porque yo sufro, y calló;
aunque me alegro el verle,
no he llegado á ofrecérle
dineros, y caballo,
que no es bien que aguarde.

Pero esto basta: Dios te guarde.
Marg. Quien cree á que ha tenido
mi colera paciencia,

mi furia resistencia,
prudecía mi sentido,
quando en fuego deihecho;
es Echo el corazon, Volcan el pecho;
Cielos, si esto es temeroso,
decid, qué fuera hallaros?
si esto es imaginario;
decid, qué fuera veros?
y teneros, qué fuera?

Sale Federico.

Fed. Qué se fuele esperaba
Elena, que á tu luz atenta estaba
para llegar á darte
la vida que te debo.

Marg. Y yo esperando
estabas falso, á hablarte,
para darte la muerte, que me has dado.
Sale Elena al paso.

Fed. Qué dices?

Marg. En rigor, y mi cuidado,
tu agravio, mi dolor, celos.

Elen. Vuelve mi sospecha
á ver, si no ha quedado satisfecha
de mi amor, Margarita:
mientras habla con él, verdes laureles
sed famosos cancelen.

Fed. Qué dices: no te entiendo,
y en esto el alma disculpar pretendo:
tu celos? yo rigor?
tu celos, y yo amor?

Marg. O Caballero! á amante ingrato!
estas son las finezas:
de quedar encubiertos:

Pero finezas son, esto es lo cierto:
pero finezas son, y que de Elena,
de Margarita, acabe ya mi pena,
y acabe con tu vida,
que la mujer es vibora ofendida,
cuyo rigor, de perfecciones lleno,
engendra la tiranía y el veneno.

Fed. Y dices bien, pues de una misma suerte,
dás con una hermosa vida, y muerte.
Pero en qué te ha ofendido quien te adoró:
en qué te ha dado enojo quien te estimó?

Marg. Mal el engaño estas modestias dora,
si amante declarado de mí prima
por ella te quedaste,
por ella me dixiste que buscase
este disfraz, y que en tan ciego abismo
has sido tu el Alcayde de ti mismo.
Pues salga á mi del pecho,

del alma el llanto, y el dolor del pecho:
diga mi voz en ecos repartida,
tu fiero engaño, y tu traicion fugida:
sepan que eres:-

Fed. Advierte,
oyeme ahora, y luego dame muerte.

Marg. Pues podrás disculparte?

Fed. Si puedo.

Marg. Píguete á Dios.

Elen. Yo escucho aparte.

Fed. Y de tu prima amante
yo disfrazado por Elena, Cielos.

¡Ay dolor semejante!
Injusta causa hallaste á tantos celos,
ciega pasión hallaste á tanta pena.
Partame un rayo, si en mi vida á Elena
una palabra he hablado,
que á los términos palse de criado,
cortés, y agradecido,
porque tercera liberata ha sido
de mi amor, pues por ella
estoy adonde puedo,
siguiendo el hado de mi injusta Estrella,
verte, y hablarte sin que teaga miedo
á tu padre ofendido.

Elen. Qué escucho! yo tercera suya he sido:
pero suframos, Cielos.

Fed. Tuvieraz celos:
el Sol de solo un rayo,
y de una flor el Mayo,
el Mar de un arroyuelo,
de una luz todo el Cielo,
la Luna de una Estrella, y de un diamante,
de una amatista: no: pues no te espante,
amando Elena bella,
pues el rayo, la flor, la muda Estrella,
la piedra, el arroyuelo,
la breve luz que se compara al Cielo,
pues eres tu (aunque todo está delante)
el Sol, la Luna, el Mayo, y el Diamante.

Elen. Bien comparada estás.

Fed. Vuelva á dár vida,
vuelva á avivar nuestra invención fugida,
y demos fin á penas tan extrañas.

Marg. Con saber que me engañas,
quero creerte al fin, porque no fuera
amante quien lisonjas no creyera,
que en amorosos daños,
tienen voz de verdades los engaños:
vuelvo á sufrir de nuevo
al preso amor, ya que á sufrir me atreve
los celos de una necia.

Elen. Qué bien me honran los dos!

Marg. Pues tanto aprecia
mi pecho tu persona,
que dexará del Mundo la corona,
y contigo viviera,
don de la sombra de tu cuerpo fuera,
por que no dñ los Cielos
imposible á mi amor, y bien se advierte,
pues en tan dura suerte,
fué imposible callar teniendo celos.

Fed. Tavistelos en vano.

Marg. Basta que fueron celos. *Fed.* ERÁ llano,
que aun nombrados ceden.

Marg. Pues qué hicieron sabidos?

Fed. Probaron con el alma los sentidos,
y están desengañada?

Marg. Es fuerza, que muger enamorada,
en oyendo perdona, que es Syrena
qualquiera amante.

Fed. Celos tu de Elena?

Marg. Aun nombrarlo me mata. *Wase.*

Fed. Ciega pasión, aun con tu dueño ingrato,
no nombraré en mi vida
este nombre, que ofensas tuyas libra.

Salé Elena.

Elen. Y es razón que se cumpla la palabra,
que á las Damas se ofrece.

Éstas ausencias, di traídor, mereco
mi emparo, mi piedad, mi amor, mi trato:
ha Caballero vi! huésped ingrato!

Fed. Cielos, qué es lo que escucho!
con nueva duda, y nueva pena luchó!

Elen. Tu, que pobre, y herido

á mis plaetas llegaste, y defendido
de to suerte importuna,

separo hallaste contra la fortuna,
tan desagradecido, tan ingrato

á mi amor correspondes, y á mi trato!

Si Mercader fingido me obligaste,

di por qué, Caballero, me ofendiste?

Si á Margarita amaste,
por qué de Elena tal desprecio hiciste?

que es (aunque esté delante)

el Sol, la Luna, el Rayo, y el Diamante!

Tu, Alcayde de sí mismo,

disfrazado en mi casa,

sepa el Rey lo que pasa,

salga ya mi furor de tanto abismo.

Fed. Escucha hermosa Elena.

Elen. Como me nombras, dando tanta pena

mi nombre á Margarita?

Fed. Oyeme, y luego iré, y honrar me quitas

Xo! el un Caballero,

del preso Federico compañero,
que de la Infanta enamorado vienes
mas quando le prendieron, yo previne
el capatzen, dexando
mi vestido en el monte, y así quando
llegó á tus pies mi barbara esclava,
fué (si te acuerdas) este mismo día,
después me le entregaste.

De mi valor por desengaño bastó
el haverle guardado,

siendo Principe mio, con cuidado
tan grande: pues si yo noble no fuera,

bien escapar el Principe pudiera:
mas atento á mi honor, preso he vivido,

y esta la causa ha sido,
guardando yo á mi Principe, fué abismo

el llamarme el Alcayde de sí mismo.
Pues á como leal, y fiel criado

te he servido, y al Principe he guardado,
de qué puedes quejarte,

si como amante llevo á despreciarte?

Yo soy para contigo
un pobre Mercader, y así me obligo

á agradecerle el bien, y lo agradezco
como tal: pero no quando me ofrezco,

como Duque de Mantua, y como amante
de Margarita bella.

Elen. No es bastante
la disculpa, si al fin conmigo ha sido
tu trato doble, y tu valor fingido.

Elen. Elena?

Elen. No me nombres.

Fed. Mira, advierte,
que viene el Rey, y que en tu voz mi muerte
está segura.

Elen. Muera, pues (ay Cielos!)
muera de celos, quien mató de celos.

Fed. Es fin, resuelta vienes á matarme?

Elen. Como tu. Duque ingrato, á despreciarme
sepa el Rey tus engaños.

Fed. Vuelva la espalda, pues, á tantos daños,
quien no puede obligarte.

Elen. Aun que las vuelvas no podré librarte,
que á lo insolito alcanzo,

de muger ofendida la venganza.

Salen el Rey, y Seraphina, y wase Federico.

Rey. Remediaré tu vida, que en mi vuelta
mi venganza, y tu amor.

Elen. Señor, escucha,
que es bien que sepa tu tu misma pena,
y el amor de la Infanta.

Rey. Ya sé Elena
lo que decir me quieres:

ya sé

ya sé que Margarita
mi muerte solicita,
y que determinada
está de este traídor enamorada.

Elen. Pues si lo sabes ya, remedia el daño,
ya que á tiempo ha venido el desengaño.

que no es bien que esto padezca,
y que con un traídor la Infanta case,

que está disfrazado
en tu Reino, en tu casa disfrazado,

quando la sangre mia,
mejor diré la tuya elada, y fría,

con cada ca esperanza,
de todos á una voz pide venganzas.

Rey. Cielos, en tanta pena,
como satisfaremos de una suerte:

de Margarita amor, quejas de Elena,
si una pide su vida, otra su muerte?

Mas viva Margarita,
que la paz de mi Reino solicita,

que Elena facilmente
pedrá curarse del amor que siente.

Salé el Capitán.

Cap. Oid, señor, lo que pasa.
Eduardo de Sicilia:

Infante, con mucha gente
oy á Nápoles camina.

Rey. Todo su Reino le sigue
en defensa tan alta,

como es deber á su hermano
la libertad, y la vida,

que es su Principe en efecto.
Y aunque pudiera la ira,

y el enojo, hacer con él
que tanto poder resista:

quero con mejor acuerdo
deleite la Intencion mia.

Margarita (ay Cielos quanto
esto siento!) Margarita

sé que á Federico ama:
tan graves melanchollas

como padece, que han puesto
en tanto riesgo su vida,

de esto nace: así Elena
me lo ha dicho, y Seraphina,

y yo sin esto sé:
mas con casarla se quitan

mayores inconvenientes.
Para esto me desanima

solo una cosa. *Cap.* Qual es?

Rey. Temer que algunos me digan,
que Federico no sabe

lo que importa. *Cap.* No prosigas:

que en eff: extremo le han puesto
tristeza, y melancholla,

viendo se sin libertad:
pero si una vez le mira

libre, volverá en su acuerdo.

Rey. Bien dices, y antes querla,
que esto se trate, hacer

una experiencia exquisita.
La experiencia: Margarita

Salé Margarita.
como vá de tristezas?

Marg. Mil, señor, que el alegría
es imposible á mi pecho,

conclouo el llanto lo diga.

Rey. Una lisonja has de hacermos.

Marg. Qué mandas?

Rey. Mucho peligro
en soledades, y penas

de Federico la vida.
Si muere, quien pensará,

que de mi mano enemiga
no fué el golpe, y de alevos?

me arguirán los de Sicilia?

Marg. Pues qué me mandas?

Rey. Si tu
oy le ves, y le visitas,

alestará el desmayado
corazon, y con tal dicha

dará nuevo aliento al alma,
dará al cuerpo nueva vida.

Yo iré contigo, por mi
has de verle.

Marg. Tu me obligas
á obedecerte.

Rey. Qué presto
concedió: el alegría

saló modesta á los ojos,
como á los labios en risa;

mas disimular importa.

Marg. Si enamorada me mira
en su presencia mi padre,

efecto tendrán mis dichas.

Wase, y salen Muscos, y Benito.

Rob. Como ha dormido tu Alteza?

Benit. Muy bien, en toda mi vida
he tenido mejor sueño,
en cama tan horonda, y rica,
sol un Principe liro.

Rob. Cauten hasta que se vista
tu Alteza. *Musc.* Vaya aquel tono,
cuya letra es peregrina.

Benit. Roberto.

Roberto

Robert. Señor Benit. Decid á estos músicos, que gritan, que dexen estos tonos, y canten por vida mía una letra, de que ahora me acuerdo que se decía:
Luzeta,
atala allá de la sonsoneta.
Rob. Esto havian de cantar.
Benit. Esta es la mejor letrilla de todas, esta cantaba yo, quando á los montes iba á trabajar con Antonio.
Rob. Como tan presto se olvida vuestra Alteza de quien es el dolor de juicio privo.
Benit. Es verdad, no me acordaba de que era, por vida mía, el Principe, no sé como.
Rob. Federico el de Sicilia.
Benit. Basta, ello ha de ser así, por fuerza esta Principia me ha venido no sé como; y quieren que yo no diga que esta casa es de mi Aldea, y que desde aquí se mira por detrás de estos espejos, vidrieras, y zelosías el Aldea de Belmor.
Valgame Dios! no es la misma casa de Juana, y Anton aquella, y esta chica la de Ginés, y Mantiga, no es aquella? aquel Perico, que á la taberna camina, no es el que dicen que es hijo del Sacristán, y Loca? y dicen bien; y el Barbero no está tras de su cortina ganeando, que aquí lo oigo, un villano, y sus follas? Mas quien me mete á mí en esto? yo como lindas gallinas en prata, yo visto seda, y duermo en cama mollida. Venga por donde violere, sea verdad, ó sea mentira, no me va mal con ser Fray Francisco de Cecilia.
Rob. Dexadle solo, que ya su grande melancolia le ha vuelto: va gale el diablo.
Vanse los músicos.

De qué se eleva, y suspira?
No tiene mas que merecer?
qué delea? **Benit.** Que en mi vida me dexa solo con vos, porque tantas cortesías, somisiones, remenencias, alturas, y señorías, las vengo á gromar después á solas en la comida: quando alguno está delante, vos me servís de rodillas, y en quedando solo, andáis conmigo á la rebaratía.
Rob. Pues qué quiere decir esto que á quien yo unos ratos sirvo, es razón que otros me sirva.
Benit. Sí; mas dame de porrazos, maña mi ingenio imaginosa, como he de vengarme de él en teniendo compañía.
Sale Federico.

Fed. Muy bien puede, gran señor, vuestra Alteza darme albricias; el Rey, y la Infanta vienen á verle, con tal visita segura tiene desde oy, la libertad, y la vida.
Rob. Vuestra Alteza advierta ahora, es bien á la Infanta diga muchas cortesías fincías, como á su esposa, y su prima.
Benit. Yo sé lo que he de decir; no es tanta mi bobería, y aun lo que he de hacer con vos pagarellme la malicia en estando acompañado.
Fed. Ya llegan; amor me anima este engaño, pues que tu lo enseñás, y lo fabricas: crea el Rey que enamorada la divina Margarita, está del Principe, viendo tantas fincías fingidas.

Salen el Rey, y el Capitan, y Margarita.

Rey. Bien vuestra Alteza estará de aquesta visita incierto.
Benit. No mucho, porque Roberto me lo havia dicho ya.
Rey. Aquí veré si le estima mi pecho, y si amor le tiene

la Infanta, que á verle viene.
Benit. Bese á mi señora prima la mano. **Marg.** Sabiendo el Rey á mi señor, la gran porfia de vuestra melancolia, quillo por pladola ley veros, en cuya accion olvida su enojo, y él bien declara; pues quien mira al Rey la cara segura tiene la vida: esta es ley, cuya piedad quedará en marmol escripta.
Rey. Qué mal callan, Margarita, tus ojos.
Benit. Tu Magestad sabe bien dar honra, y vida á un preso que está sujeto: el Diabro me hizo discreto.
Robert. Qué hable ya con advertida prudencia, aqueste animal?
Fed. Ya de oírle hablar me espanto: ha poder, y mando, quanto emendado natural.
Rey. Ciega está.
Benit. Silas nos deo.
Rob. Aquí las tiene tu Alteza.
Benit. Parecellme buena pieza; los porrazos, yo estoi bien, y pues ay fillas tambien vuestra Magestad se sienta.
Fed. Volvió á su ser brevemente.
Rey. Y ahora qué me dirás, ya que me alabas el tallo?
Marg. Que es su bizarro despejo muy digno para alabarle, que alrosamente tomó la filla, que alrosamente vuestra Magestad se sienta, dixo, la fama mlotió, aunque tiene el Mundo lleno de sus alabanzas, pues no dixo que bueno es.
Rob. Esto te parece bueno? no es amor, sino locura no conocer este error.
Sientase.
Marg. Quando no es locura amor? **Rey.** Lo mas que ahora procura mi deseo, es consutar con tu Alteza la venida de tu hermano.
Benit. Yo en mi vida

tuve hermano en mi lagaf.
Rob. Como el Infante ha venido tu hermano, dice, y es llano.
Benit. Si dice el Infante hermano, no le havia conocido: vos tenéis la culpa de esto, que callais hasta este día, que Infante hermano tenía; mas pagareis.
Fed. Qué es esto?
Rey. Y ahora qué puede decir es galan, es entendido?
Marg. Notable gracia ha tenido: solo él me hiciera reir.
Rey. No vi hombre tan ageno de gracia: esto te ha agradado?
Marg. Qué bueno el enojo ha estado.
Rey. Qué esto te parezca bueno? pues no ha de ser tu marido, aunque su hermano valiente con la sangre de mi gente dexa este Campo tenido.
Marg. Pues aunque es indigno en mí, si me llevo á declarar, en un necio amor hablar á mi Rey, y Padre, así lograr casada pretendo aqueste amor que publico con el mismo Federico, que á los dos nos está oyendo.
Fed. Bien su respuesta me anima.
Benit. Ha visto tu Magestad el amor, y voluntad que debo á mi señora prima?
Marg. No es un Principe heredero de Sicilia; pues qué error puede culpar el amor?
Rey. Ser hombre rústico, y fiero.
Marg. Es cuerdo, el Mundo le estima de mucho ingenio, y valor.
Benit. Cierto que es mucho el amor que debo á mi señora prima.
Rey. Este es discreto? qué abyfmo! este Principe? **Marg.** Si, el mismo, que nos mira, y nos escucha.
Cap. Un Embaxador, señor, del Rey de Sicilia aguarda licencia para besar tus manos.
Rob. Aquí se acabau los engaños: este viene, mirandote en dudas tantas.

á decirte la verdad.

Rey. Bien es que baxe, y que salga á recibirle: tu Alteza

se retire. Benit. Que me vaya como vos, que no he comido, á comer una empanada de ternera, doce pollos, diez conejos, seis tortadas, quatro quesos, seis chorizos, mil peros, treinta patatas, que con esto Francisco de Ceclna bien lo passa.

A Dios, que voi á hartarme.

Fed. Yo me voi, porque no haga el Embaxador aquí yéndome alguna mudanza.

Salen Antonia, y Villanos.

Ant. Pádz que havemos de vé como á los Reyes los habrán los Baxadores, pues vemos en Belsar cosas tan variadas.

Rob. Señor, el Embaxador que viene, sino me engaña la vista, es el mismo Infante.

Rey. O ocasión! esto acabarán mis penas, y confusiones.

Marg. O si acaballes mis penas!

Sale el Infante.

Inf. Vuestra Magestad, señor, me dé los brazos. Rey. No haga vuestra Alteza conmigo esse disfráz.

Marg. Cosa extraña!

Inf. Embaxador de mi mismo, quise ser: mas si se halla conocida mi persona, los privilegios me valgan, honra, y merced de los brazos, y hablando ya de otra suerte olga de mi mi embaxador.

El Principe Federico entró solo en la escadada, dió á Don Pedro Esforca muerte cuerpo á cuerpo, y lanza á lanza. Luego no merece, Rey, el rigor con que le trata, pues no le mató á traición alevosa, ó con yegataja.

A questo escitado; como á tu honor alivo saltas, á tu decoro te alegas, rompiendo tu fe, y palabra, pues me dicen, que le has muerto. Estas, señor, son bazañas dignas del valor que heredas dignas del poder que alcanzas. Dame á mi hermano, ó por él sustentaré en la campaña, que eres alevoso Rey, pues á mi Principe matas, quando debiera guardarle la seguridad jurada.

Rey. Confieso que debe hacer el Rey, que á una Justa ampara, bueno el campo: pero no dár lugar á ofensas tantas, que empuñe en aventura en su presencia la espada: esta es la satisfaccion de la prisión, y las guardas. Y ahora en quanto á decir que le he dado muerte, valga por respuesta verle vivo, que es mejor que tú la guardas.

Haced luego que el Alcayde á aquellas almenas salga con el preso, donde vea el Principe que le engaña. Y otra como le diera muerte el que ahora trataba casarle con Margarita, dando fin á ofensas tantas. Y lo hiciera, vive Dios, á no mirar que le falta de Principe la prudencia, que le es de tanta importancia.

Inf. Quien engañado procede, ántes culpado, y perdón alcanza, y así del reto desisto, remitiéndome á tu gracia.

Sale Elena.

Elen. Si lagrymas de muger piadoso lugar alcanzan en los pechos de los hombres, y mas á los que se hallan tan obligados, por ser Dioses en la tierra, y valga su privilegio á mi llanto, y tu piedad á mis ansias.

Como

Como magnanimo Rey, tanto á tu justicia saltas, que das premio, y no castigo á quien me ofende, y me mata.

Como á Federico pones en libertad, y le casas con Margarita, sin ver que foi la parte que agravias. Hermano perdi, y esposo; si satisfaceme tratar,

dame esposo, cuyo amparo supla de mi honor la falta. Y entonces podrás librar al Principe, pues es clara mi justicia, que no vive mientras mi perdón alcanza.

Sola una satisfaccion pretendo de ofensas tantas; y es, señor, de que me cases oy con el Duque de Mantua. En tu Reino está yo sé quien es, pues con esto acaban mis penas, quedando al fin noble, contenta, y honrada.

Rey. El Duque de Mantua aquí me lo do, y palabra de que oy ha de ser tu esposo.

Elen. Dexame besar tus plantati lindamente me he vengado de los zelos que me causa. Margarita: Amor, veni, engañando á quien me engaña.

Rey. Ya con el Alcayde está en estas almenas altas el preso, mira si es vivo.

Inf. Ay, hermano de mi alma!

Marg. Viendo el Infante á los dos, no advirtiendo en dudas tantas, qual es el preso, ó Alcayde, como á su hermano le habla.

Elen. Valgame el Cielo! qué miro! el preso es aquel? jurara que le conozco.

Anton. Oyes, Bato.

Belardo, ó yo estoy borracha, ó es el Principe Benito.

Villan. Antona, oye, mira, y calla.

Anton. Como le habrán de esta suerte, si yo le conozco?

Inf. Quantas lagrymas debe tu amor á los ojos que oy alcanzan

aquella dicha de véte; mas véte, por premio basta. Benit. Este es el hermano Infante! él tiene pequeña traza para Infante, y para hermano; mas Antona está allí.

Feder. Calla.

Benit. Pues los Principes no pueden hablar con Antona?

Fed. Basta.

Benit. Ya está bastado: haole visto? Anton. Bato, has visto lo que passa? el mismo Infante ha veido, hermano al Principe llama.

Fed. Sin que el engaño conozcan, con equivocas palabras, responderé por los dos:

no puede la voz turbada decir, Infante, el contento, que su presencia le causa, y por no ofenderle hablando, Federico, fiente, y calla.

Inf. Pues ya, señor, que le he visto, vuelveme á decir la causa, por qué el casamiento dexas de mi señora la Infanta?

Rey. Solo por no ser capaz de gobierno.

Inf. Mucho agravias su divino entendimiento.

Rey. No es aquel que otras, y hablas?

Inf. Si señor.

Rey. Pues esse mismo tan rústicamente habla, tan torpemente procede,

que aun á un bruto se iguala.

Inf. Basta, que debe de haver perdido el juicio, porque Italia no vió tan súbiti ingento.

Marg. Qué á oscuras los dos se hablan de diferentes sujetos.

Rey. Pues porque en un punto salgas de esse engaño, al punto aquí á Federico traigan, y si él hablare en razon, vuelvo á empeñar mi palabra de casarle con mi hija.

Elen. De confusion tan extraña saldré en viéndole ahora mas cerca; hermano le llama.

Salen

Sale Benito.

Benit. Parece cavalgadura,
que se vende, porque andan
conmigo viendome todos:
qué es, señor, lo que me manda
tu Magestad? diga, aqueste
es mi hermano?

Rey. Su ignorancia
ha descubierto bien presto:
mira si mi vez te engaña.

Inf. Pues no me engañas; si aquí
quando al Principe esperaba,
me das un hombre, que de él
no tiene la semejanza?

Rey. Pues no es el mismo que viste,
y que agora confesabas
ser tu hermano?

Inf. No era este.

Rey. Ay confusion mas extraña!

Elen. Este es, señor, un Villano,
que conozco.

Rey. Ay penas tantas!
pues yo no tengo otro preso,
ni otro en mi poder se halla.

Inf. Pues como à negarlo vuelves,
si le he visto?

Rey. Al punto llama al Alcayde.

Elen. Advierte aquí
de la suerte que le tratas,
porque el Alcay le, señor,
es el Gran Duque de Mantua.

Sale el Capitan

Rey. Otro engaño.

Cap. El está aquí.

Sale Federico

Inf. Este es Federico.

Fed. Aguarda,

que antes de darte los brazos
tengo de besar tus plantas.
Yo soy quien enamorado,
sin temer tus amenazas,
siendo Alcayde de mi mismo,
vivo en tu Reino (la causa
ya la sabes) amor fue
felice, si tu palabra
la cumples aquí.

Elen. Pues no

ha de cumplirla, si dada
la tiene, que ha de casarme
oy con el Duque de Mantua?

Marg. Este es Federico, Elena,
engañase quien se engaña.

Benit. Y à mi al fin de todo esto
no imaginas darme nada,
si quiera por haver sido
el tamboril de la danza,
à cuyo son han danzado?

Fed. Dos mil escudos te aguardan
con Antona; y con esto
esta Comedia se acaba.

F I N.

Con licencia: En Sevilla, en la Imprenta de JOSEPH PA-
DRINO, Mercader de Libros, en calle
de Genova.